

Martínez Liébana, I.: *El argumento ontológico de la existencia de Dios en sus textos*, Madrid, Guillermo Escolar, 2023, 222 pp.

El argumento de San Anselmo sobre la existencia de Dios es tan viejo como célebre. No ha dejado de interesar, bien sea para criticarlo, bien sea para aceptarlo y perfeccionarlo. Precisamente, la historia secular de esta demostración es justo la que el profesor Ismael Martínez Liébana nos presenta en su última publicación.

Como el propio autor explica, el libro ha nacido al calor de su enseñanza universitaria. Es su fruto. Y su destino no es otro que retornar a las aulas de donde salió. Se trata, pues, de una obra dedicada a sus estudiantes de metafísica –aunque también es adecuada para cualquier persona que se interese por estos temas–. Así, como manual de estudio, resulta abarcable y comprensible. Lo primero, porque no pretende agotar por completo la historia del argumento de San Anselmo; en cuanto a lo segundo, se debe a ese “espíritu didáctico y metódico” que el profesor ha trasladado desde la oralidad de sus lecciones al libro. El autor podría, sin duda, haber abarcado todo lo que se ha pensado sobre la prueba anselmiana y haberlo hecho con el mismo espíritu docente. Pero, en tal caso, es probable que hubiera escrito uno de esos manuales que los estudiantes consultan sólo fragmentariamente. De ahí que uno de los aciertos de esta obra sea, sencillamente, que se puede leer entera, sin prisa y de principio a fin. Sus sucesivos capítulos bien podrían ser los de una novela, pues las páginas que se suceden no se entienden sin las anteriores; viceversa, las que se acaban de leer esperan claridad de las siguientes. Visto así, los distintos filósofos que aparecen en esta novela son los escenarios favorables y adversos que recorre su único protagonista, que es el argumento sobre la existencia de Dios. El profesor Liébana ha escogido con acierto estos escenarios en función de la profundidad y de la diversa originalidad de los filósofos, de los cuales son ocho los elegidos. El autor dedica un capítulo a cada uno de ellos: San Anselmo, Gaunilo, Santo Tomás, Descartes, Leibniz, Hume, Kant y Brentano.

Una de las virtudes de este libro se debe a que el profesor Liébana ha incluido los textos pertinentes en cada uno de los capítulos. Por eso mismo lleva por título *El argumento ontológico de la existencia de Dios en sus textos*. Esto evita el peligro de la literatura secundaria, a saber, la recepción de un pensamiento previamente asimilado, e incluso mal digerido. En este caso, sin embargo, el estudiante puede leer por sí mismo unos fragmentos escogidos con acierto, todos numerados e inventariados, que muestran la fidelidad de las explicaciones del profesor Liébana. Por otra parte, la bibliografía indicada en cada capítulo –bien las fuentes primarias, bien la literatura secundaria– (y también la del final de libro) servirá al lector, si así lo desea, para ampliar y profundizar en el estudio.

Además de la estructura de los capítulos, junto a la explicación, la bibliografía y los textos, el libro también contiene una guía de contenidos y un cuadro cronológico. La primera consiste en una lista que incluye, de forma esquemática, los puntos filosóficos clave del capítulo, lo cual tiene clara utilidad para su estudio. En cuanto

a la cronología, se trata de una lista con las fechas decisivas, tanto en la vida del filósofo en cuestión como del momento histórico que le tocó vivir. Lo malo de esta cronología es que corre el riesgo de reducirse a una mera ilustración erudita, o un compendio de acontecimientos tan sólo memorizables. De hecho, no se ve la importancia que tienen ciertos sucesos fechados de cara a la plena comprensión del tema de libro. En general, hay que preguntarse qué tienen que ver los contenidos filosóficos de cada capítulo con todo este registro temporal.¹ Como ha insistido entre nosotros Ortega, para que las fechas no sean datos brutos es preciso organizarlos desde ciertos conceptos decisivos que den fundamento a la sociología y a la historia como teorías rigurosas: me refiero a los conceptos de generación, creencia, vigencia, etc. Visto así, la intención didáctica del libro, fielmente ejecutada, podría haber tenido un cumplimiento todavía mayor.

Llegados a este punto, alguien quizá objetará que todo esto está muy bien, pero que, a última hora, se trata sólo de la existencia de Dios. Se dirá, pues, que el profesor Liébana concibe la metafísica de una manera estrechísima. ¿Por qué no ha dedicado sus clases y su libro a alguna cuestión metafísica indiscutible donde las haya? Para responder, me limito a parafrasear lo que el propio autor dice de la prueba de San Anselmo al comienzo de su libro: que su estudio es a la vez una excelente introducción a los problemas más relevantes de la metafísica (cf. p. 11). De esta manera, según el profesor Liébana, la validez del peculiar argumento que San Anselmo descubrió depende de tres presupuestos metafísicos: 1) la admisión de esencias trascendentes y objetivas, 2) el reconocimiento de su cognoscibilidad por parte del hombre, por parcial que sea ese saber, y 3) la diferenciación de la existencia como predicado fundamental del ente finito respecto de la existencia como predicado esencial del infinito. Evidentemente, los filósofos críticos con el argumento anselmiano son los que no filosofan desde este triple punto de partida. Así, estos tres supuestos metafísicos son para el profesor Liébana el hilo conductor tanto de las defensas como de las objeciones que componen el libro reseñado.

Ahora bien, asegurado el marco metafísico de la obra, puede que al futuro lector le asalte otra duda: ¿cuál es, en definitiva, la tesis del autor? No le será difícil descubrirlo. Basta con reparar en los comentarios críticos contra Santo Tomás, Hume, Kant y Brentano. En cuanto a los paladines del argumento ontológico, como San Anselmo y Descartes, el autor no necesita salir en su ayuda. Ellos ya se defienden estupendamente de sus contradictores. El propio Liébana confiesa la admiración intelectual, decantada tras años de docencia, que siente ante estos pensadores cuando salen indemnes tras las objeciones. Para él, es en las contrarréplicas donde se mide la fuerza filosófica de San Anselmo y de Descartes (cf. p. 36).²

Es evidente que el autor se solidariza con los tres supuestos metafísicos que vertebran el libro. Y lo hace desde una óptica particular: la fenomenología realista (cf. pp. 86, 144). Ésta es la atalaya filosófica desde la cual se contemplan las vicisitudes del argumento ontológico. La cuestión es la siguiente: ¿las tres admisiones metafísicas mencionadas son sólo *su-posiciones* o también son *posiciones* susceptibles de examen? En este sentido, el lector habría agradecido una introducción en la que se

¹ Por poner un ejemplo, no se sabe qué relación guarda la posición intelectual de Kant con las varias expulsiones de los jesuitas.

² El autor no tiene en la misma estima a Leibniz, debido a las reservas con las que acoge el argumento cartesiano. Precisamente, el profesor Liébana defiende a Descartes de Leibniz; después, ni se molesta en defender a Leibniz de Brentano.

presentase al menos esquemáticamente la fenomenología realista a la que el autor se adhiere.³ El resto de esta reseña tendrá que limitarse, por sus características, a algo mucho más modesto.

Vayamos al caso, de sobra conocido y viejo, del problema de los universales –el que el profesor Liébana, tomando partido desde el realismo fenomenológico, revive con la primera de sus admisiones metafísicas–. Un filósofo de referencia parece ser aquí Hildebrand, quien distinguía tres tipos de esencias: las caóticas, las contingentemente genuinas y las necesarias.⁴ La esencia de un montón de basura acumulada es un ejemplo de las primeras. La esencia de un animal, o de un metal como el oro, sirve de ilustración para el segundo tipo de esencia. En cuanto a la tercera clase, pensemos en las esencias de la geometría, ejemplos paradigmáticos de Descartes; pero también en otras que menciona el profesor Liébana: las de “la metafísica, la ética, la antropología filosófica, la ontología de la persona, la axiología, etc.” (cf. p. 86). A su vez, estos tres tipos de esencias se distinguen de las esencias de los objetos puros, como los llamó el profesor Millán-Puelles. Se trata de esencias fantaseadas, como las de los sueños o las alucinaciones; pero también las que, tras concebirse primero, pueden tener después una existencia efectiva. Tal sería el caso de la pintura –un ejemplo, justamente, de la discusión entre San Anselmo y Gaunilo–.

Pues bien, aquello “mayor que lo cual no hay otro” no es para el profesor Liébana una mera mención significativa, acaso contradictoria. Es la mención de una esencia. Por eso, el autor quiere indicar en su libro dónde estaría Dios según este mapa de las esencias. Las caóticas quedan automáticamente descartadas. Pero tampoco tendrá Dios la esencia de los objetos puros, porque no es algo fantaseado. En modo alguno añadimos ni suprimimos arbitrariamente los predicados de la esencia de Dios (cf. p. 126), sino que su conocimiento, por limitado que sea, se nos impone –aunque sea progresivamente–. Dicho esto, si consideramos ahora las esencias contingentes, el autor las explica en vista de “un cierto primado de la existencia sobre la esencia” (cf. p. 85). Tan contingentes son que, a juicio del autor, “si desapareciesen del mundo real todos los leones concretos y determinados, desaparecería con ellos la esencia correspondiente” (cf. p. 85). Podríamos objetar que no es así, que los leones siguen siendo lo que son aunque se extingan; que su esencia objetiva, independiente del hombre, no desaparece. A esto cabe responder aceptando, desde luego, esa independencia del hombre. En efecto, estas esencias no son obra suya. Pero, para decirlo como Hildebrand, sí son una invención divina. Por eso, muy al contrario de las esencias contingentes, en Dios, que es el ente necesario, hay un primado de la esencia sobre la existencia (cf. p. 87). Así, la esencia de Dios se parece más a la tercera clase de esencias que señaló Hildebrand. Con todo, la esencia divina es tan peculiar que tiene que distinguirse también de ellas. No haberlo hecho habría sido, precisamente, el error de los críticos del argumento ontológico (cf. p. 90). La necesidad de la esencia divina es tal que sólo ella implica su existencia.

Toda esta doctrina de las esencias, aquí sobrevolada a vista de pájaro, era de esperar de un seguidor de la fenomenología realista, defensor del positivismo absoluto que Husserl exigía. Y con razón. De ahí que el profesor Liébana critique en su libro la

³ Con todo, este marco filosófico puede explicitarse, no sólo al hilo del libro, sino recurriendo a los dos artículos del autor incluidos en la bibliografía final, así como a los pensadores que ahí menciona y en los que parece inspirarse más. Por cierto, esos dos artículos nos descubren una redacción anterior de las explicaciones del libro; se ve que el autor las ha reelaborado añadiendo las cronologías, las guías de contenidos y los textos.

⁴ Cf. Von Hildebrand, D.: *¿Qué es filosofía?*, Madrid, Encuentro, trad. de Araceli Herrera, 2000.

estrechez empirista que Hume legó a Kant. Ahora bien, la salida de este positivismo sensorial no consiste sólo en la admisión de la experiencia racional eidética que el autor reivindica (cf. p. 145). Esta no es la experiencia única y originaria por la cual tenemos noticia de Dios. Creerlo así sería malinterpretar el libro del profesor Liébana. Precisamente, fenomenólogos como Hildebrand y Scheler sabían bien que las intelecciones esenciales, aunque se eleven sobre la observación, parten también de ella; lo particular sirve de apoyo ilustrativo para la posterior intelección esencial. En el caso de la limitada intelección de la esencia divina, ¿no hay que partir también de una donación más originaria, una que no es sensible, pero que sirve igualmente de apoyo? Recordemos cómo, por ejemplo, Scheler hablaba de la revelación como forma *sui generis* de donación de la divinidad.⁵ En efecto, ¿la demostración de la esencia divina no supondría su previa mostración? Entonces, habría que fijarse bien, dentro del libro de Liébana, en la alusión a la vivencia cartesiana de la propia finitud. A la vez, es ésta una vivencia de la infinitud con que me comparo, a la que tiendo y que ningún perfeccionamiento logra alcanzar (cf. p. 126). Se trata aquí, sin duda, de la evidencia de una vivencia religiosa originaria y preintelectual. Y no fue otra la vivencia de la que partió antes San Anselmo. De ella tenemos noticia por el comienzo del primer texto incluido en el libro, quizá la única frase de esta colección de textos que se queda sin explicación: “¡Oh, Señor!, que das la inteligencia de la fe, haz que entienda, tanto como sabes me conviene, que eres como creemos y que eres eso que creemos” (cf. p. 24).

El famoso razonamiento de San Anselmo arranca con una oración de súplica porque su autor se encontraba en una situación de fe viva.⁶ Partió de su insuficiencia, reconociendo en ella –aunque malamente semejante– una imagen finita de la infinitud. Ahora bien, ¿pueden partir los alumnos que leerán este libro de una situación religiosa análoga? Conviene que los estudiantes se pregunten primero qué experiencia tienen de lo divino, so pena de convertir este libro recientemente publicado –un manual didáctico, conciso y abarcable– en un mero recurso para aprobar la asignatura. La metafísica, antes que una asignatura, es un quehacer intelectual que tiene que justificarse desde la propia situación vital.

David Antonio Yáñez Baptista

⁵ Cf. Scheler, M.: *De lo eterno en el hombre*, Madrid, Encuentro, trad. de J. Marías y J. Olmo, 2007. Por evidentes razones de espacio, me permito simplificar el punto de vista de Scheler sin entrar en el problema de la posibilidad de una demostración.

⁶ Sobre esto, puede consultarse el comentario a estas líneas y a las que en general abren el *Proslogion* en *San Anselmo y el insensato*, de Julián Marías, que el profesor Liébana incluye en la bibliografía del segundo capítulo.